

Inconformismo y Conocimiento

Christian Ferrer*

Los dilemas

Pocas actividades y saberes se han vuelto tan opacos y ajenos al común de la gente como los que están contenidas en la palabra "ciencia". La raíz de esta incompreensión no ha de ser buscada necesariamente en la jerga muchas veces oscura de los científicos, ni en la lógica lingüística tautológica de sus proposiciones teóricas, ni en la abstractización celestial de sus teoremas ni en los rasgos barrocos y secretos de sus prácticas. El distanciamiento quizás sea causado por la ruptura del *contrato redentorista* que durante un siglo al menos vinculó el saber científico a las expectativas de cambio social, y que concedió a la ciencia el poder y la legitimidad para modificar el mundo a fin de impedir que la potencia enigmática de la naturaleza se cobre un diezmo excesivo en víctimas y a fin de reducir el alcance de los males sociales mediante el enroque del diagrama social. Suele llamarse "ideal ilustrado" a la horma de fe que nutría a la pasión científica, pero aquí preferimos la pala-

bra "redención" —de raigambre religiosa pero también humanista— pues esa pasión se orientaba a mejorar la creación tal cual había sido heredada y a imponer límites al azar, el dolor y la muerte. Durante buena parte del siglo XX ese contrato fue analizado suspicazmente por las tradiciones filosóficas críticas e incluso por el saber popular, o bien ha sido tratado con indiferencia o cinismo por los responsables de las políticas públicas y por la propia comunidad científica. Sospecha, cinismo e indiferencia que han sido alimentados también por emprendimientos científicos que no se han privado de auscultar abruptamente la antigua Caja de Pandora o bien por la subsunción del ideal ilustrado en un territorio delimitado por coordenadas estatales y empresariales. O quizás las incumbencias permitidas por el contrato estaban limitadas de entrada: desde el momento en que la ciencia se percibió a sí misma como una suerte de "martillo neumático", perforador de apariencias y desenmascarador de supercherías, la asunción de que el misterio ya no era elemento fun-

* Sociólogo, ensayista, profesor de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA), miembro del grupo editor de las revistas *El Ojo Mocho* y *Artefacto*, autor del libro *Mal de Ojo*.

DOSSIER

dante de la aleación humana sino mera superstición sustrajo al saber científico buena parte de su alcance comprensivo. Luego, algunas alianzas notorias de la comunidad científica “de punta” con el dinero del poder y con el poder del dinero arruinaron parte del prestigio moral restante y acabaron por poner en cuestión el impulso humanista originario. En fin, el proyecto moderno de experimentación o su autobiografía evolucionista han persuadido a los aprendices de brujo y al público informado de que la ciencia es un ábrete sésamo de laboratorio o una consigna metodológica generalizable.

¿Tan sólo eso?

Almas e historias gemelas

No es sencillo explicar porqué los nombres de Paul Feyerabend y de Oscar Varsavsky, herederos del impulso libertario del humanismo científico, son tan importantes. Uno, austríaco, murió tres años atrás; el otro, argentino, nos dejó prematuramente hace veinte años. Estaba exiliado en Venezuela y padecía de una “enfermedad extraña” y dolorosa, tan suplicante como la que se llevó a Feyerabend en Roma, su ciudad de adopción. También él se fue antes de tiempo: no pudo concluir su último libro, *The conquest of abundance*. Y cabe suponer que Varsavsky aún tenía el horizonte

abierto, tanto para sus planes de investigación como para su voluntad de criticar las prácticas científicas nacionales. Ambos eran científicos y epistemólogos. No obstante, estas vidas paralelas nunca intersectaron ni se nombraron el uno al otro, a pesar de haber experimentado la misma época y de haber contribuido a problematizar zonas equivalentes de las prácticas de la comunidad científica.

Paul Feyerabend no es únicamente el nombre de un epistemólogo excéntrico: fue un irritador de buenas conciencias tanto como un redentor del amor por la verdad. A su vez, Oscar Varsavsky no es el nombre casi desvanecido de un físico de la época dorada de la Facultad de Ciencias Exactas: es el posible apodo conceptual de *una obturación*, de la negación a reabrir y renovar el debate sobre política y ciencia. Oscar Varsavsky y Paul Feyerabend no fueron plantas raras en un jardín bien arreglado: fueron el brote tardío del antiguo inconformismo cognitivo. Son *interruptores*: nos devuelven al viejo problema de la relación entre disidencia y conocimiento, pues la ciencia -como cualquier otra fuente de certezas- no gusta de cuestionar sus presupuestos. Sus obras expusieron algunas claves de ese viejo debate. Sus ausencias señalan un peligro, pues los temas que ambos abordaron y el tiempo al que pertene-

HOMENAJE A OSCAR VARSAVSKY

cieron se están disolviendo ante nuestros ojos y se retraen al pensamiento.

La historia de Paul Feyerabend es la de una hazaña. Suficientemente dramáticos fueron los primeros pasos de un joven que a los dieciocho años, luego de ser herido durante los últimos días de la Segunda Guerra Mundial, queda en silla de ruedas y sexualmente impotente, condenado toda su vida a sufrir dolores indecibles y a caminar entre muletas. Ya un hombre maduro y habiendo establecido una módica reputación como profesor de física y de filosofía de la ciencia, Feyerabend promueve un segundo drama vital, esta vez “un drama de conocimiento”, que lo lleva a cuestionar radicalmente el método científico y los dogmas racionalistas. Pero su hazaña verdadera, evidente para cualquier lector de su conmovedora autobiografía *Matando el tiempo*, consiste en la *conquista de la risa*, en su inmensa voluntad de vivir, a su vez vertida en impulso cognitivo. Feyerabend se propuso liberar al saber de su prisión metódica, pues se había convencido de que el racionalismo, en tanto dogma pedagógico, podía paralizar la capacidad de hacer ciencia, es decir, de pensar. En verdad, le bastó un rápido vistazo a la historia de los descubrimientos científicos para evidenciar que los grandes innovadores en ciencia fueron rebeldes contra el mé-

todo. Curioso: la ciencia muchas veces se despliega y evoluciona por vías laterales y espiraladas, pues toda certeza, mantenida en el tiempo, termina siendo un obstáculo del saber más que un modo de acceso al mundo. Feyerabend escribe *Contra el método* en 1968, un año después de que Varsavsky publicara *Ciencia, política y cientificismo*. Cuando en 1970 su largo ensayo aparece en una publicación científica, la prestigiosa revista *Nature* intentó denigrarlo llamándolo “el peor enemigo de la ciencia”. Ya se sabe: el herético siempre es más peligroso que el pagano. Si bien Feyerabend, en tanto filósofo de la ciencia, parecía un marciano en su disciplina, la airada calificación de *Nature* indica una mala comprensión de la apuesta feyerabendiana. En su autobiografía, él nos recuerda que su crítica “era sólo un comienzo, un comienzo verdaderamente difícil. ¿De qué? De una mejor comprensión de las ciencias, de mejores ordenamientos sociales, de mejores relaciones entre las personas, de un mejor teatro, de mejores películas, y así sucesivamente”. Ocurría que, sencillamente, a Feyerabend no le gustaba caminar entre álamos petrificados.

A su vez, Oscar Varsavsky tenía algo de boxeador —y no precisamente por su gigantesca estampa—. Esa quizás era su idea personal del conocimiento: el resultado de una actividad polémica;

DOSSIER

de una lucha en cuyo campo de batalla se recuperaban migajas de un filón inabarcable: fórmulas, teorías, como de otros combates se recuperan teodiceas y melodías. Cuando en 1967 publica su famoso opúsculo, *Ciencia, política y cientificismo*, lo hace en un contexto que comenzaba a ser favorable a la crítica al cientificismo pero a la vez pone en riesgo su reputación entre sus colegas de las ciencias duras. Compréndase que estábamos a meses de “la noche de los bastones largos”. En esa obra “menor” Varsavsky anota en la agenda de debates un tema tabú, el de la *alienación científica* en instituciones cuya autonomía no está garantizada y cuyos vínculos con los problemas urgentes del país son retóricos o soslayados. Para Varsavsky el laboratorio no era un territorio liberado de impurezas. La asepsia idolatrada invisibilizaba una ideología: “el cientificismo”, que pronto se transformará en la bestia negra de toda una generación de científicos sociales. En efecto, a Varsavsky no se le escatimaron lectores en la novel disciplina sociológica, en especial entre aquellos identificados por su adhesión a las así llamadas “cátedras nacionales”. No sólo ellos; todo aquel que renegaba del cientificismo recurría a su famoso libro, aún sin entender del todo la apuesta de su autor, o abusando de la misma. Quizás *Ciencia, política y cientificismo* fue una bisagra

que no tuvo tiempo de articular las dos alas de un postigo del saber: una posibilidad perdida de vincular las ciencias duras a las ciencias sociales. Obviamente, las opiniones de Varsavsky irritaron a sus colegas. Su osadía: haber puesto en cuestión el principio de legitimidad que hace que la palabra del científico o del tecnócrata valgan más que otras, haber dudado de que las ventajas asociadas al discurso científico y a sus productos materiales no sean tan evidentes como a sus oficinantes les gustaría creer. La crítica de Varsavsky —como la de Feyerabend— es una *crítica política* a la ciencia. Pero no eran renegados —no pretendían cambiar de fe ni de oficio— ni pertenecían a la secta de los jibaros que todo lo reducen a la política. Más bien, buscaban la fórmula que permitiera promover en aulas y laboratorios algún tipo de purga, de catarsis; querían reencontrar una voluntad cognitiva autónoma y desprejuiciada, liberada de dogmas y de intereses y constreñimientos institucionales. Varsavsky escribe en una coyuntura histórica en la cual todavía era posible imaginar una *épica científica*, piensa en un “momento” en el cual el destino de la empresa científica estaba aún indeciso y hubiera podido ser reorientado por la política; momento “humanista”, pues la megaempresa tecnocientífica aún no había completado el control de de-

HOMENAJE A OSCAR VARSAVSKY

partamentos universitarios del “primer mundo” para ensamblarlos con sus intereses específicos. Hoy suele olvidarse que *la idea misma de Universidad* es mucho más antigua que el proyecto de la ciencia moderna, que en el árbol de los enciclopedistas había ramas que se orientaban hacia la estética y la ética, y que el humanismo es un cauce de río más ancho aún que el del iluminismo científico, en donde este último aprendió a remar.

Las críticas de Varsavsky y Feyerabend se descargaron sobre lo que identificaban como obstáculos epistemológicos y políticos para la ciencia. Tal crítica aún mantiene su vigencia, pues el científicismo ha cambiado de vestuarios pero no de mañas. Aquello que en los 60 era llamado “científicismo” sobrevive actualmente bajo la figura del “academicismo”, esa práctica universitaria *in vitro*. Y mientras en los años ‘60 el método científico y una filosofía de la ciencia “dura” eran camisa de fuerza, hoy lo son los constreñimientos institucionales, tanto más peligrosos porque disfrazan sus pretensiones de científicidad mediante procedimientos burocráticos (jurados secretos, meritocracia *letrada* —aunque no necesariamente culta—, excelencias derivadas del amaestramiento, etc.) o bien mediante sofisticadas teorías “débiles” o “inciertas”, raras epistemologías nuevas para legitimar la

narración científica, que hacen tanto más difícil identificar al viejo científicismo pues se presentan bajo una cortina de humo “neocientífica”. En fin, teorías bien dichas y prácticas institucionales mal hechas. En suma, hoy ser científicista significa someterse al formateo institucional (clase de investigadores ABC1, *incentivos*: tabulaciones de encuestadores y léxico taylorista) que hace de los científicos y cientistas sociales supervivientes en condiciones sórdidas o bien defensores individualistas de su propia carrera universitaria.

El otro gran tema asociado al nombre de Oscar Varsavsky es el de la viabilidad de los *proyectos nacionales*. Eran épocas en que aún podía pensarse un cierto grado de autonomía nacional. Varsavsky creía en la posibilidad de viabilizar un proyecto de liberación en el cual se hicieran explícitas la ideología del modelo propuesto y sus posibilidades de realización. Para ello, era imprescindible orientar la investigación científica hacia las necesidades de la población y no hacia las variables en las cuales el conocimiento —en especial el económico— cumple el rol de ayudante de cátedra de los eternos “planes de ajuste”. El propio Varsavsky calificó de “pueblocéntrica” a su concepción de ciencia, correspondencia necesaria de su propuesta de autonomía nacional en cuestiones científicas

DOSSIER

y tecnológicas. Es obvio que esto exige una ración enorme de autonomía política. ¿Se trataba de una variante del desarrollismo por vía socialista? ¿Una mística participativa que orientaba a los científicos hacia el pueblo y al pueblo hacia la ciencia? ¿Un iluminismo radical? En todo caso, Varsavsky no era un "ideólogo". Su oficio de científico lo había acostumbrado a pensar en modelos prácticos y realizables de "utopías". Es la viabilidad de la libertad lo que le interesaba y no las bellas palabras que suelen acompañar a los demagogos. Pero un proyecto regenerativo semejante de la vida social sin duda hubiera exigido de nuevas instituciones (sin excluir a las científicas); en fin, de una nueva Argentina.

La disidencia en la actividad científica —a pesar de que su propio preámbulo la recomiende como prerequisite para su avance— no ha sido nunca fácil ni gratuita para sus oficiantes. En verdad, ninguna variante del inconformismo es bienvenida, ni en el aula ni en la plaza pública. La vida científica y académica es demasiadas veces parsimoniosa, gris, insípida. Las academias suelen ser conservadoras, y por ello en sus márgenes y pasillos se activan negaciones y rupturas, mucho más que en sus gabinetes y laboratorios "de excelencia". Para colmo, la etiqueta entre académicos es, bajo las apariencias, mucho más rígida

que la que existía en las cortes antiguas y quizás más que en el mismísimo Vaticano. Ya Feyerabend había sostenido que el dogma científico en nada se diferenciaba del dogma eclesiástico. Se comprende que tanto Feyerabend como Varsavsky hayan sido no sólo disidentes sino "descortes", y en cierto sentido esto los condenó aún más que sus opiniones hayan sido extravagantes a los oídos de los colegas o bien dichas fuera del lugar convenido. Sucede que en todo innovador o crítico late una sustancia anárquica que, de Napoleón a Buñuel, los conduce a seguir caminos poco trillados o a desplazar las fichas del juego con movimientos inesperados. ¿Cuál fue el móvil de la rebelión de Feyerabend? Leyendo la última página de su *Matando el tiempo* se percibe que releía su vida en clave vital:

Mi preocupación es que después de mi partida algo quede de mí, no papers, no declaraciones filosóficas finales, sino amor. Esto es lo que me gustaría que ocurriera, no la supervivencia intelectual sino la supervivencia del amor.

La mente ilustrada quería ser superada por el rostro iluminado. ¿Qué movió a Varsavsky, quien arriesgaba bastante en su pelea, a denunciar las certidumbres establecidas en una discipli-

HOMENAJE A OSCAR VARSAVSKY

na que experimentaba un momento de esplendor institucional? Quizás su formación de izquierda, el eco de una época intensa, su propio carácter, una sensación de deber a ser cumplido. El momento en que uno redacta *Contra el método* y el otro *Ciencia, política y cientificismo* son instantes de soledad absoluta: allí se arriesga la posición, el renombre, el futuro. Y no pocas certezas. Feyerabend quería que la ciencia se entramara con la vida, y Varsavsky con las necesidades populares. Uno enseñó que ninguna teoría tiene el derecho de cuadrar la irreductible abundancia de realidad y el otro, según concluye Senna Figueiredo en su libro sobre la era de los proyectos nacionales, “construyó un ábaco para calcular la verdad de nuestros sueños”.

El “librito”

¿Qué es lo que conmueve de este *librito* que alguna vez encontré en una librería de viejo? Su lenguaje político parece anacrónico y al oído académico de hoy en día chirría tal cual un gozne al cual no se ha hecho girar por mucho tiempo: “colonialismo científico”, “ciencia del Norte”, “gobiernos títeres”, “lavado de cerebro”, “homogeneización cultural”, “seguidismo cientificista”. Es fácil hacer escarnio de estos conceptos, pero a mí no se

me oculta que este “idioma de época” —aunque *fechado*— exuda las claves teóricas de un antiquísimo reclamo emancipatorio: opresión, alienación y utopía. Gozne, bisagra, plataforma giratoria, todo ello fue Varsavsky en su polémico libro de 1969, un vaso comunicante entre la ciencia de los siglos XVIII y XIX (redentorista, politizada, confiada en sus posibilidades) y lo que hoy llamamos ciencia, una actividad cuya piedra basal está cincelada a partir de minerales diferentes de la anterior y cuya genealogía admite otros afluentes además de los que habitualmente se enseñan en las escuelas secundarias (ya las palabras “carrera de investigador”, “especialización científica” y “criterios científico-empresariales” hubieran colocado a la entera *Royal Society* fuera de carrera).

Elijo una palabra exótica y significativa del léxico de Varsavsky: “*stajanovista*”, con que se alude al tipo de productividad que se espera de un científico en este sistema social. ¿Quién puede usar hoy, siquiera interpretar, esta palabra? Sólo alguien que dialogaba ásperamente con una tradición de izquierda —y refractaria al stalinismo— entiende las connotaciones de un adjetivo que no se encuentra en los diccionarios ni en el lenguaje circulante. La izquierda —sus símbolos, su gramática, sus expectativas— no es hoy un saber en retirada: es un saber per-

DOSSIER

dido. Y esta palabra ya inaudible, cuyo sentido es duro y triste, que Varsavsky esparció como solitario e irritante grano de pimienta en una página del libro, es una prueba mucho más contundente de la soledad de este escrito y del declive del espíritu socialista en cuestiones de ciencia, que la descalificación de las tesis del libro por supuestas exageraciones “sesentistas”.

Que ni la ciencia ni la técnica son neutras. Que no han resuelto necesidades sociales perentorias tal como si han contribuido a hacerlo con los imperativos industriales. Que la “histeria por publicar” transforma a los científicos en escribientes de papers, ese pobre insumo del curriculum que es a su vez la caricatura de una biografía. Que “la dependencia cultural de la ciencia es la más perniciosa pues es la menos percibida”. Que la razón y la verdad en ciencia constituyen un cemento de contacto “más poderoso que la fe o la lealtad militar”. Las fintas de la púa del autor pretendieron amenazar el instinto de autodefensa de la comunidad científica argentina. Pero es “más fácil es que los católicos renieguen de Roma” a que los científicos analicen el fondo de su alma. ¿Cómo hizo Varsavsky para adivinar muy tempranamente que el nudo gordiano no estaba en el Vaticano (es decir, en la supervivencia de los científicos

“fósiles”) sino en Moscú y Washington (es decir, en la formación acrítica de los científicos “modernizadores”) ? El hombre había previsto las contradicciones, aún vigentes, de los “liberales de izquierda”, doblemente agravados en nuestros días pues este grupo adolece ahora de hipótesis de conflicto: ni el nacionalismo ni el populismo están a la orden del día. El instinto crítico de este físico le había hecho percibir incluso el camino erróneo que había elegido la sociología, ciencia social apenas inaugurada en Argentina y supuestamente la más crítica:

El panorama es desolador en las ciencias humanas. El uso indiscriminado de la estadística y la imitación acrítica de los métodos de las ciencias físicas no permiten tener grandes esperanzas para el futuro próximo.

¿Quién podía acompañar su clamor por una “ciencia del cambio de la estructura social” y por el “desarrollo de una teoría de la importancia”?

Pero no es suficiente enfatizar el carácter pionero de este libro, quizás la primera obra argentina de sociología de la ciencia —escasamente consultada, por otra parte—. Eso sería minimizar su apuesta. Cuando Varsavsky se plantea un trabajo de análisis de las relaciones que vinculan al laboratorio y la política, no lo hace

HOMENAJE A OSCAR VARSAVSKY

sólo por hacer “ciencia” (cuya última estribación puede ser hiriente: se develan “secretos de familia” que los propios interesados han olvidado de tanto esconderlos), sino por haber hecho carne una “urgencia”. Si denuncia el “culto a la ciencia” es porque analiza su funcionalidad al interior de este sistema social. Y al postular una “ciencia nueva” y una “ciencia rebelde” no está tomando en cuenta únicamente el destino de los científicos sino la posibilidad débil –pero posibilidad al fin y al cabo– de emergencia de una nueva mentalidad colectiva.

Se dirá que aquellos no fueron años sino vértigos, y que no se leía sino que se aclamaba. Pero nadie es propietario de la llave maestra de la hermenéutica ni es envidiable el rol de juez de las pasiones populares, oficio sencillo cuando el río ha corrido mucho y se ha llevado la sangre sacrificial. *Ciencia, Política y Cientificismo* fue una obra ampliamente divulgada, por lo tanto popular, y al serlo inevitablemente polémica, como todo aquello cuya condición de lectura –su “marco de recepción”– está cocido a fuego rápido por la celeridad política. Pero yo no doy tanta importancia a su contexto histórico –tarea de filólogos– sino a las chispas de saber que emanan del “drama intelectual” de Varsavsky, producto de una mente que se orientaba hacia la crítica a través de la franqueza. Y si astillas

de ese saber hoy siguen punzándonos, es porque el temperamento anarquista del autor depositó en estas breves cincuenta páginas algo más que un análisis de la coyuntura científica: huellas de un camino emancipatorio que nadie puede hollar sin sentir aprensión y soledad. Ya entonces, Varsavsky comprendió que el desafío del científico rebelde podía conducirlo a una condición trágica: “es más difícil soportar la etiqueta de pseudo-científico que la de ex-científico”. La asunción de la inevitabilidad de una “ciencia pobre”, carente de subsidios y de reconocimientos institucionales, es equivalente a los usos que algunos artistas hicieron de las “estéticas de urgencia” en ciudades y países atravesados por catástrofes morales o bélicas. Pues la dignidad de la ciencia –de todo saber– se prueba espiritualmente en condiciones de amenaza.

Restaría una palabra sobre las alusiones de Varsavsky al “pensamiento nacional”. ¿Qué sería una “ciencia argentina”? La pretensión suena risible, y el alarmista o el cínico sabrán sacar de su galera el archiconocido y remanido “caso Lysenko”. La ciencia moderna es, por definición, cosmopolita y sus resultados generalizables. Quizás lo que Varsavsky trataba de postular para la actividad científica nacional es el equivalente de lo que Sarmiento y Martínez Estrada hicieron con el

DOSSIER

ensayo, o de la voluntad de dar contorno a los intereses nacionales que en otras épocas desplegaron diversos —y muchas veces ferozmente antagónicos— hombres políticos, intereses que nunca se confunden ni con el patrioterismo, ni con el nacionalismo, ni tan siquiera con las fronteras estatales de un país. Nadie ejercita el pensamiento en el aire —ese éter que hace resaltar las modas teóricas y las prácticas desenraizadas tanto como las disuelve— sino sobre una baldosa de ciudad, aunque ella se demuestre floja o quebradiza.

Oscar Varsavsky no ha sido olvidado del todo. Su nombre constituye una suerte de reminiscencia que algunos usan a modo de hilo de Ariadna, y otros prestan sus oídos al eco lejano de su atrevimiento. *Ciencia, Política y Cientificismo* fue un intento prematuro y abortado de abrir un debate pro-

fundo y radical sobre la actividad científica de su momento. Ese ingreso precoz transforma al libro en un *clásico secreto*, y por eso mismo su lugar no está en las bibliotecas públicas ni en las bibliotecas personales de investigadores o de estudiantes sino en los anaqueles de las librerías de viejo, yacimiento urbano de saberes refractarios y custodio de obras menospreciadas o sobre las que se ha dictado un decreto de silencio.

"Ciencia", "política", "cientificismo", estas palabras connotan hoy exactitud, administración de hombres y de cosas, rutina profesional. Su sonoridad es, presumiblemente, fría y distante. Pero yo no puedo sino conmoverme al leer estas páginas escritas treinta años atrás, cuando yo nada sabía de esas tres palabras.

¿Qué significa todo este amor por la ciencia? □